

Un ensayo sobre los peligros de la politiquería y cómo amenaza con acabar con la política. Juzgue usted, estimado lector, en qué fase del proceso nos encontramos.

Entre política y politiquería

Gonzalo Portocarrero

Desde hace algún tiempo se ha instalado en mi cabeza una frase, de repente leída, de repente creada; en todo caso, una verdad indudable: "Lo urgente es el rostro visible de lo fundamental". La idea es que la política peruana está dominada por las urgencias. Tapar huecos, apagar incendios, parecen ser las actividades que agotan la agenda de nuestras autoridades. No se quiere ver que los incendios y los huecos son síntomas de algo mucho más profundo y decisivo. En el fondo, de la falta de una autoridad legítima que pueda lograr y gestionar consensos, que instituya marcos en los que la competencia política pueda discurrir en forma transparente de acuerdo con las expectativas de la ciudadanía.

En principio, la política es el proceso a través del cual una sociedad crea una capacidad de actuar con inteligencia sobre sí misma. Supone que mediante una discusión argumentativa se avizore un interés general, un diagnóstico de los problemas colectivos, una propuesta de cómo

superarlos. Paralelamente, la política implica la institución de una red de organismos que puedan ir resolviendo los problemas. Finalmente, la política conlleva la organización de voluntades colectivas, de actores políticos que representan la diversidad social. Organizaciones en las cuales los individuos se inscriben en función de procurarse el desarrollo personal que brota del servicio al interés colectivo.

Lo que puede llamarse politiquería corresponde al dominio de los intereses particulares no inscritos en una estrategia que los trascienda. El poder y la figuración son anhelos demasiado evidentes y humanos como para pretender ignorarlos. No obstante, estos deseos pueden encontrar amplio campo de realización en el terreno de la política, en el servicio de la ciudadanía. Pero cuando estos deseos se desbocan surge la politiquería. La ambición personal y la de grupo se convierten en las causas efectivas del quehacer político. Entonces la politiquería puede destruir la política.

Aunque pueda tomarlos como excusa, la politiquería no tiene nada que ver con los intereses generales. El fin de la politiquería es la ganancia personal por la vía de producir una apariencia de respetabilidad tras la que se esconden pasiones descontroladas. La voracidad por el dinero o el poder, o la envidia, el rencor y los celos, son los móviles verdaderos de la politiquería. De ahí nacen la intriga, la traición, la retórica vacía, la falta de lucidez. Finalmente, el desgobierno.

Pero lo paradójico es que la politiquería, al socavar la política, no hace más que destruir el único escenario donde esta puede ejercerse. La descomposición moral y política de un régimen no hace más que anunciar su caída. El predominio de la politiquería es el triunfo de la racionalidad ventajista de los individuos sobre la racionalidad colectiva de la sociedad. ▲

Gonzalo Portocarrero, sociólogo, profesor en la Universidad Católica.